

JOYAS PARA UNA NUEVA ARISTOCRACIA: EL MERCADO DE ALHAJAS HISTÓRICAS EN ESTADOS UNIDOS DURANTE LA *GILDED AGE* (1870-1900)

JEWELS FOR A NEW ARISTOCRACY: THE TRADE OF JEWELS WITH ROYAL PROVENANCE IN THE UNITED STATES DURING THE *GILDED AGE* (1870-1900)

ALEJANDRO ESPEJO FERNÁNDEZ

Universidad de Alcalá, España

alespejor@gmail.com

Resumen: El notable crecimiento económico de Estados Unidos en las últimas décadas del siglo XIX -periodo conocido como *Gilded Age*- provocó el nacimiento de una aristocracia del dinero que desde el primer momento pretendió emular en su estilo de vida a la nobleza europea. La adquisición de joyas ligadas a familias aristocráticas fue una de las estrategias de distinción que emplearon estas élites, siendo estas alhajas uno de los medios más efectivos para simbolizar el éxito social y económico. El presente estudio pretende realizar una aproximación al comercio de joyas históricas entre Europa y Estados Unidos durante las últimas décadas del siglo XIX. Para ello utilizaremos tanto fuentes primarias -prensa y catálogos de subastas- como secundarias -bibliografía especializada en joyería-.

Palabras clave: Historia de la joyería, Estados Unidos, distinción, siglo XIX, élites.

Abstract: The quick growth that the USA experienced during the last decades of the XIXth century -known as *Gilded Age*- made possible the creation of big fortunes and the birth of a new social elite. This new elite, in order to seem like the European aristocracy, adopted their practices and customs. The purchase of jewels that were formerly in European royal and noble collections was one the most important strategies of distinction of these North-American elites, as these jewels were one the most effective ways to symbolize their social and economic success. This communication aims to approach to the trade of jewels with royal and noble provenance between Europe and the USA during the *Gilded Age*. We will use primary sources -as press and auction catalogues- and secondary sources -particularly specialized bibliography about jewel history-.

Keywords: Jewelry history, *Gilded Age*, distinction, XIXth century, elites.

El periodo conocido en Estados Unidos como *Gilded Age* (Edad Dorada) hace referencia a las tres décadas inmediatamente posteriores a la Guerra de Secesión (1861-1865), si bien es cierto que existen divergencias entre los historiadores a la hora de determinar exactamente el marco temporal en el que se inscribe -como fechas de inicio se han propuesto de forma alternativa los años 1865, 1873 y 1877; mientras que como año de finalización hay quien sugiere, indistintamente, los años 1895, 1896, 1898, 1901 e incluso 1917-¹.

Más allá de debates historiográficos en torno a fechas, este periodo se caracterizó por un rápido crecimiento económico -especialmente gracias al desarrollo de la industria, el ferrocarril, la banca y la explotación de recursos naturales- que trajo consigo el nacimiento de una nueva clase formada por multimillonarios de diversa procedencia.

El origen de estas fortunas -la mayoría de ellas eran de reciente creación, lo que les otorgaba un cierto halo de sospecha, como se desprende del término *robber baron*, de carácter peyorativo y empleado para designar a estos acaudalados hombres de negocios- propició un afán por la adquisición de todo tipo de bienes de lujo importados desde Europa con el objetivo de dotar a sus dueños de un prestigio social del que carecían.

Europa y, más concretamente, la aristocracia europea se convirtieron en el modelo a seguir de esta nueva élite, que carecía de referentes estéticos e históricos propios. En su propósito de emular los usos y costumbres de la nobleza del Viejo Continente, levantaron enormes mansiones que imitaban *chateaux* medievales o *palazzi* renacentistas; decoraron sus residencias con antigüedades de procedencia intachable -incluso con muebles que originalmente habían decorado los salones y apartamentos de Versalles-; instalaron en ellas elementos arquitectónicos directamente arrancados de castillos, monasterios y palacios europeos; y reunieron importantes colecciones de pintura europea de primer nivel -nombres como los de Isabella Stewart Gardner, Henry Clay Frick, Henry E. Huntington, John Pierpont Morgan y William Randolph Hearst hablan por sí solos-².

¹ NICHOLS, Christopher y UNGER, Nancy: *A Companion to the Gilded Age and Progressive Era*. Nueva York, 2017, p. 7.

² Sobre coleccionismo y arquitectura durante el periodo estudiado, ver BENNET, Shelley: *The Art of Wealth: The Huntingtons in the Gilded Age*. San Marino, 2013; BRECK, Joseph y ROGERS, Meyric: *The Pierpont Morgan Wing*. Nueva York, 1925; COLOMER, José Luis y REIST, Inge: *Collecting Spanish Art. Spain's Golden Age and America's Gilded Age*. Nueva York, 2012; CRAVEN, Wayne: *Stanford White. Decorator in Opulence and Dealer in Antiquities*. Nueva York, 2005; CRAVEN, Wayne: *Gilded Mansions. Grand Architecture and High Society*. Nueva York, 2008; FOREMAN, John: *The Vanderbilts and the Gilded Age: Architectural Aspirations 1879-1901*. Nueva York, 1991; FRICK SYMINGTON

Un artículo publicado en *The Times of London* daba buena cuenta del ansia de estos multimillonarios por acumular obras de arte europeas:

The new American millionaires are much the most dangerous raiders, because they are richer than anybody has ever been before, and because there are enough of them to set up that conflict of rival vanities which, in a case of this kind, is the surest way to make a market³.

Paralelamente, la alta sociedad norteamericana del último cuarto del XIX - concentrada principalmente en Nueva York y Newport, cuando no en Londres o París- comenzó a desarrollar una activa vida social que incluía cenas de gala, la asistencia semanal a la ópera -donde muchas de estas familias poseían su propio palco- y la celebración de multitudinarios bailes de disfraces en las mansiones de esta nueva aristocracia del dinero⁴.

Estos actos de sociedad tenían en último término una finalidad de ostentación y exhibición pública de riqueza, por lo que para las mujeres pertenecientes a la élite -o que aspiraban a ser consideradas integrantes de la misma- se convirtió prácticamente en obligado el uso de alhajas si querían hacerse un hueco entre las familias de la alta sociedad. Las joyas eran percibidas como símbolos palpables de la posición social de sus portadoras -y por consiguiente de la posición de los maridos de estas, lo que conllevaba que en muchas ocasiones fueron ellos quienes mostraran casi más interés que sus esposas en adquirirlas-, pero también como símbolos de la capacidad mostrada por cada individuo para ascender en la escala social -lucir unas alhajas de gran valor eran la prueba fehaciente de que se poseía una gran riqueza y, ante todo, de que uno había conseguido hacerse rico-⁵.

Una destacada figura de los círculos elegantes de Nueva York, Newport y París, Elizabeth Wharton Drexel, resumió de forma gráfica la íntima relación existente entre el éxito social y la exhibición de riqueza a través de las joyas:

SANGER, Martha: *Henry Clay Frick. An Intimate Portrait*. Nueva York, 1998; FRICK SYMINGTON SANGER, Martha: *The Henry Clay Frick Houses. Architecture, Interiors, Landscapes in the Golden Era*. Nueva York, 2001; HIGONNET, Anne: *A Museum of One's Own: Private Collecting, Public Gift*. Pittsburgh, 2009; KATHRENS, Michael: *American Splendor. The Residential Architecture of Horace Trumbauer*. Nueva York, 2002; KATHRENS, Michael: *Great Houses of New York 1880-1930*. Nueva York, 2015; PONS, Bruno: *French Period Rooms 1650-1800*. Dijon, 1995; SHAND-TOUCCI, Douglass: *The Art of Scandal. The Life and Times of Isabella Stewart Gardner*. Nueva York, 1997; VIGNON, Charlotte: *Duveen Brothers and the Market for Decorative Arts 1880-1940*. Londres, 2019.

³ MURPHY, Mary Jo: "107 years ago", *The New York Times*, 23-IV-2015, p. 31.

⁴ ALBRECHT, Donald y FALINO, Jeannine: *Gilded New York. Design, Fashion and Society*. Nueva York, 2013, pp. 83-106.

⁵ LEVINE, Gilbert y VOOKLES, Laura: *The Jeweler's Eye: Nineteenth-Century Jewelry in the Collection of Nancy & Gilbert Levine*. Nueva York, 1986, p. 10; PHILIPS, Clare: *Bejewelled by Tiffany 1837-1987*. New Heaven, 2006, p. 51.

To have acknowledged power it was necessary to have wealth. Not to have wealth would have been to have only a straw crown in a madhouse. Diamond tiaras were not empty symbols [...] We were classed by our jewels and they differed in beauty and in value...⁶.

Es por ello que el interés por poseer piezas de joyería que anteriormente hubieran pertenecido a la realeza europea dio lugar a una auténtica competición entre las grandes fortunas estadounidenses, que ansiaban hacerse con el mayor número de piezas de este tipo y, a poder ser, con las que tuvieran una mayor relevancia histórica. Se generó entonces un verdadero mercado que a ambos lados del Atlántico los joyeros aprovecharon en beneficio propio -Hans Nadelhoffer, en su estudio sobre la joyería Cartier, da cuenta de cómo cada vez que aparecía en el mercado un collar de perlas de cierta importancia recurrentemente se atribuía a Catalina la Grande, María Antonieta o la emperatriz Eugenia, hubiera o no fundamento para ello.⁷

En el plano literario, Edith Wharton -quizás la escritora que mejor retrató a estas clases altas a las que, precisamente, ella misma pertenecía- reflejó este fenómeno en su novela *Las costumbres del país*. En ella la protagonista, Undine Spragg, encadena bodas y relaciones extramatrimoniales una detrás de otra a fin de obtener fortuna y posición social. Con ocasión de uno de estos matrimonios recibe como regalo de su nuevo y millonario marido un collar y una diadema de rubíes que anteriormente habían pertenecido a María Antonieta, además de un millón de dólares en efectivo y una mansión en Nueva York construida a imagen del palacio Pitti de Florencia⁸.

Sin embargo, las joyas de origen regio no siempre atrajeron el extraordinario interés que empezaron a generar después de la Guerra Civil. Antes de la misma este tipo de piezas generaban entre los compradores más rechazo que atracción, como bien ilustra el que en 1848, tras la caída de la dinastía Orleans en Francia, Charles Lewis Tiffany -fundador de la célebre joyería Tiffany's- desmontara unas alhajas procedentes del país galo que la prensa había atribuido a la colección del recién destronado rey Luis Felipe. Preguntado por los periodistas, Tiffany argumentó que esas piezas, al ser un símbolo de la realeza, resultaban desagradables "*to good democratic Americans*".

Dos décadas más tarde, en junio de 1867 -ya finalizada la Guerra de Secesión-, Tiffany publicó en el *New York Times* y en el *New York Daily Tribune* sendos avisos en

⁶ WHARTON DREXEL, Elizabeth: *Turn of the World*. Londres, 1937, pp. 250-251.

⁷ NADELHOFFER, Hans: *Cartier. Jewelers Extraordinary*. Londres, 1984, p. 125.

⁸ HEPBURN, Allan: "A Passion for Things: Ciceroes, Collectors, and Taste in Edith Wharton's Fiction", *Arizona Quarterly: A Journal of American Literature, Culture, and Theory*, 54 (4), 1998, pp. 25-52.

⁹ LORING, John: *Tiffany Jewels*. Londres, 1999, p. 29.

los que anunciaba a sus potenciales clientes que disponía de numerosos diamantes procedentes de la colección del príncipe Esterházy -una de las familias más influyentes de la nobleza húngara-, subastada dos meses antes por William Boore en la sede londinense de Christie's. El joyero, tras subrayar la procedencia aristocrática de las piedras, finalizaba el anuncio haciendo un llamamiento a todos aquellos "*individual desirous of possessing GEMS OF EXTRAORDINARY MERIT AND ASSOCIATION*" para que no desperdiciaran "*this rare opportunity*"¹⁰.

No parece que a Charles Tiffany -ni por extensión a su clientela- le resultara en esta ocasión tan incómodo el que asociaran con la nobleza europea los diamantes que se disponía a ofrecer en venta.

1. Un mercado inundado de joyas reales

Si algo contribuyó a que el mercado internacional de joyas se viera surtido de este tipo de piezas fue la inestabilidad política que experimentó Europa durante la práctica totalidad del siglo XIX. Las sucesivas olas revolucionarias que derribaron tronos e hicieron caer dinastías por todo el continente obligaron a muchos monarcas a convertir sus alhajas en dinero en efectivo con el que financiar sus exilios.

Así, en 1872 Christie's remató en Londres más de 120 lotes compuestos por piezas de la colección personal de joyas de la emperatriz Eugenia -a lo que habría que unir las alhajas que vendió directamente a varios joyeros londinenses, entre ellos Harry Emanuel, cuyo establecimiento se encontraba en New Bond St.-¹¹.

Poco después, en 1874, la ciudad de Ginebra organizó una subasta pública con la colección de alhajas del duque Carlos II de Brunswick, derrocado en 1830 por sus tendencias absolutistas¹². En 1878 fue la parisina casa de subastas Drouot la encargada de organizar la venta de las joyas de la reina Isabel II de España y apenas un año más tarde, también en Drouot, se remataron las de María Cristina de Borbón, madre de la soberana española¹³.

¹⁰ Ibidem, p. 58.

¹¹ CHRISTIE, MANSON & WOOD: *Catalogue of a portion of the magnificent jewels, the property of a distinguished personage, also a few fans and parasols*. Londres, 24-VI-1872; "An Empire's Relic", *The New York Times*, 21-I-1872, p. 6; "The Empress' Jewels", *Public Opinion*, 6-I-1872, p. 26.

¹² *Catalogue des diamants, saphirs, émeraudes, rubis, bijoux, argenterie provenant de feu S.A.R. le duc Charles de Brunswick*. Ginebra, 1874.

¹³ *Catalogue des diamants anciens, émeraudes, saphirs, rubis, perles camées appartenant à S.M. la Reine Isabelle de Bourbon*. París, 1878 y *Vente de bijoux et diamants de feu S.M. la Reine Christine d'Espagne*. París, 1879. Sobre el proceso de venta y dispersión de las joyas de Isabel II, ver LÁZARO MILLA, Nuria: "Algunas consideraciones acerca de la venta de joyas de Isabel II en 1878", en *Actas del II Congreso Europeo de Joyería.: Vestir las joyas. Modas y modelos*. Madrid, 2015.

Leland Stanford, magnate de los ferrocarriles y fundador junto a su esposa de la universidad homónima, dio buena cuenta de todas estas ventas. Valiéndose de intermediarios, principalmente del citado Charles Tiffany, se hizo con varias de estas alhajas para regalárselas a su mujer, Jane Lathrop Stanford (Fig. 1).

De esta forma, Stanford compró un *aigrette* en forma de pluma de pavo real en cuyo centro estaba engarzado un diamante amarillo de 30 quilates procedente de la colección del Duque de Brunswick. La joya había sido una de las piezas más importantes que Tiffany's había presentado en la Exposición Universal de Filadelfia celebrada en 1876. Posteriormente, Jane Stanford hizo remontar la piedra en un llamativo collar que combinaba diamantes blancos, rubíes, zafiros y esmeraldas. La pieza resultaba tan ostentosa que la propia Stanford reconoció habérselo puesto apenas en una ocasión¹⁴.

También a través de Tiffany's, Leland Stanford compró tres de los conjuntos que Isabel II sacó a remate en 1878 -entre ellos uno de esmeraldas y otro de diamantes amarillos-¹⁵. Según la prensa de la época, otra pieza de procedencia regia que formó parte del guardajoyas de la cofundadora de la Universidad de Stanford fue un aderezo de ópalos regalados por Napoleón III a la emperatriz Eugenia. Estos fueron adquiridos al joyero romano Niccolo Aless Bellezza en la Exposición Universal de 1876¹⁶.

Otro joyero, el francés Frédéric Boucheron, gozó de un gran prestigio en Estados Unidos gracias al enorme éxito que cosecharon sus creaciones en la mencionada Exposición Universal de Filadelfia. Ello contribuyó decisivamente a que gozara de una notable popularidad entre las clases pudientes de Norteamérica, lo que por consiguiente le permitió obtener considerables beneficios económicos.

Una de sus transacciones más exitosas fue la venta en 1889 a William Kissam Vanderbilt -heredero de una de las mayores fortunas del mundo gracias a las inversiones que su familia poseía en los ferrocarriles- de un hilo de perlas que se decía había pertenecido a la emperatriz Eugenia. En los archivos de la firma consta que ese mismo año Boucheron había pagado a un negociante llamado "*de Kramer*" -podría tratarse del joyero François Kramer, quien durante el Segundo Imperio realizó varios encargos para la emperatriz Eugenia- un total de 500.000 francos por un collar compuesto de tres hilos de perlas.

¹⁴ PHILIPS, Clare: *Bejewelled...*, op. cit., p. 104.

¹⁵ *Ibidem*, p. 35

¹⁶ "History of an Elegant Set of Jewelry Owned by Mrs. Leland Stanford", *Sandy News*, 28-VII-1887, p. 1; *The Jewelers' Circular and Horological Review*, agosto de 1887, p. 231.

Kramer, según se recoge de forma algo confusa en varias fuentes, se lo habría comprado al Conde Henckel von Donnersmarck, viudo desde 1884 de Esther Lachmann, una de las cortesanas más célebres del París de Napoleón III y conocida como 'La Paiva'. El collar en cuestión habría sido el regalo que Henckel von Donnersmarck hizo a 'La Paiva' cuando ambos contrajeron matrimonio a finales de 1871, apenas unos meses después de que la emperatriz de los franceses se viera obligada a exiliarse en Inglaterra, donde habría vendido las perlas a un joyero londinense a quien, consiguientemente, se las habría comprado Henckel von Donnersmarck¹⁷.

Sea como fuere, lo que sabemos a ciencia cierta gracias a las facturas conservadas en los archivos de Boucheron es que William K. Vanderbilt desembolsó 535.000 francos por uno solo de los tres hilos que componían el collar original -una cantidad sorprendente por lo elevado si se tiene en cuenta que por el collar completo Boucheron pagó 500.000 francos apenas unos meses antes de vendérselo a Vanderbilt-. Este episodio ilustra de forma magistral el interés existente entre los multimillonarios estadounidenses por estas joyas, estando dispuestos para conseguirlas a desembolsar cualquier cantidad de dinero por elevada que fuese -de hecho, poco después de comprar las perlas de la emperatriz Eugenia, William K. Vanderbilt regaló a su esposa otro hilo de perlas de similar valor proveniente de una colección rusa y atribuido a Catalina la Grande-¹⁸.

Estos dos collares fueron posteriormente regalados a Consuelo Vanderbilt -hija de William K. Vanderbilt y de su primera esposa, Alva Belmont Vanderbilt- cuando en 1895 contrajo matrimonio con el Duque de Malborough -primo carnal de Winston Churchill-. Estas perlas de supuesta procedencia imperial, así como el resto de las joyas que Consuelo recibió con motivo de su boda, fueron el colofón a un plan ideado por la propia Alva Vanderbilt: obsesionada con la idea de emparentar con la aristocracia europea, obligó a su hija a casarse en contra de su voluntad con Malborough, completamente arruinado y cuya única motivación para llevar al altar a la rica heredera fue la enorme fortuna que esta aportaba en concepto de dote¹⁹.

¹⁷ Las fuentes difieren en si el collar era de tres vueltas de diamantes o de perlas. Ver RICHARDSON, Joanna: *La vie parisienne 1852-1870*. Nueva York, 1971, p. 72; GERE, Victoria: *Victorian Jewellery Design*. Nueva York, 1972, p. 93; WORTH, Jean-Philippe: *A Century of Fashion*. Londres, 1928, p. 109; "The French Crown Jewels", *The Jewelers' Circular and Horological Review*, septiembre de 1884, pp. 253-254; *Les annales politiques et littéraires*, 1-X-1905, p. 214.

¹⁸ MEYLAN, Vincent: *Archives secrètes. Boucheron*. París, 2009, pp. 107 y 109-122.

¹⁹ Las memorias de Consuelo Vanderbilt en VANDERBILT BALSAN, Consuelo: *The Glitter and the Gold*. Nueva York, 1952. Recientemente se ha publicado una biografía del Duque de Malborough, ver WATERHOUSE, Michael y WISEMAN, Karen: *The Churchill Who Saved Blenheim. The life of Sunny, 9th Duke of Marlborough*. Londres, 2019.

2. Una gran oportunidad: la venta de las joyas de la Corona de Francia

Más allá de todo lo anterior, si una ocasión puso de relieve el apetito de las élites estadounidenses de finales del XIX por las joyas vinculadas a la realeza, esta fue la venta que tuvo lugar entre el 12 y el 23 de mayo de 1887 en la *salle des États* del Louvre. Durante 12 días, el Gobierno francés ofreció al mejor postor las alhajas y piedras preciosas que durante siglos compusieron el tesoro de los reyes y emperadores de Francia²⁰.

Si bien los motivos esgrimidos por las autoridades de la Tercera República fueron de carácter económico -invertir en bonos el dinero obtenido de la venta- y utilitario -en ausencia de una dinastía reinante, ya no era necesario contar con una colección de joyas destinadas al uso de esta-, la motivación real fue de raíz política: tras la caída de Napoleón III, el nuevo régimen republicano se había visto sacudido por varias tentativas de restauración monárquica. Las joyas de la Corona eran un símbolo de la institución y de la posibilidad de que algún día pudiera ser restablecida, como se encargó de recalcar un diputado durante el debate de la ley que daría lugar a la venta:

La conservation de ces pierreries ne peut avoir d'intérêt que pour ceux qui en escomptent l'emploi pour une tête à déterminer plus tard. Mais une démocratie sûre d'elle-même et confiante dans l'avenir a pour devoir de se défaire de ces objets de luxe, sans utilité et sans valeur morale, et de ne pas laisser improductive une somme considérable enterrée dans des caves. C'est ce que doivent comprendre d'ailleurs eux-mêmes les nombreux prétendants, et avant de se disputer la Couronne, au grand détriment du pays, ils pourront, tout à son avantage, s'en disputer les joyaux sur le terrain des enchères²¹.

Una vez firmado y promulgado el decreto que daba vía libre a la subasta de las alhajas, la noticia fue acogida con especial entusiasmo en Estados Unidos, donde joyeros y posibles compradores privados comenzaron a hacer gestiones a fin de hacerse con alguno de los lotes ofertados.

Fueron varias las publicaciones que se hicieron eco del interés mostrado ante la venta por *“the fashionable belles of New York and San Francisco”*. En los periódicos se comentó cómo a las esposas de los senadores estadounidenses se les había concedido el privilegio de poder examinar en privado las piezas que fueran de su gusto, lo que según ellos evidenciaba el destino que iba a tener el grueso de los lotes ofrecidos²².

²⁰ Sobre el proceso que llevó a la enajenación de las joyas de la Corona de Francia, ver MOREL, Bernard: “La IIIe République et la vente de 1887”, en *Les joyaux de la Couronne de France*. Amberes, 1988, pp. 365-381.

²¹ MOREL, Bernard: *Les joyaux...*, op. cit., p. 368.

²² ALBRECHT, Donald y FALINO, Jeamine: *Gilded New York...*; op. cit., p. 74.

Los resultados de la subasta confirmaron las previsiones y, como habían supuesto muchos, los compradores norteamericanos destacaron por encima del resto. Buena prueba de ello es que el mayor pujador fue Tiffany's, que con un desembolso de más de 487.000 dólares se hizo con un tercio de los lotes²³.

El joyero no tardó en revender a su riquísima clientela de Norteamérica las piezas que había conseguido adjudicarse en la subasta. Gran parte de estas transacciones se cerraron en la sucursal parisina de Tiffany's para de esta forma ahorrarle a los compradores el recargo del 10% en concepto de aranceles que debía sumarse al precio final si la venta se realizaba en Nueva York²⁴.

La lista de compradores la formaban la flor y nata de la élite económica, política y social estadounidense. Entre ellos estaba la anteriormente mencionada Jane Stanford, que adquirió cuatro hilos de perlas. Josephine Mellen Ayer, viuda del apodado como "rey de la zarzaparrilla" de Boston, compró uno de los diamantes conocidos como "mazarinos" llamados así por formar parte de un conjunto de piedras que el cardenal Mazarino legó en su testamento a Luis XIV-. Otro diamante, adquirido por Luis XVIII en 1818, fue vendido a Kate May Safford -casada en primeras nupcias con uno de los hijos de Andrew Johnson, 17º presidente de los Estados Unidos-. El magnate de la prensa Joseph Pulitzer hizo lo propio con un collar de cuatro vueltas compuesto por 222 diamantes, el cual su esposa no tardó en lucir durante un baile celebrado en París²⁵.

Caroline Schermerhorn Astor, considerada la mujer más influyente de Nueva York en el plano social -solo los que eran invitados a las fiestas que celebraba en su mansión de la Quinta Avenida eran estimados como verdaderos integrantes de la alta sociedad neoyorquina-, eligió un broche en forma de hoja de grosella que en origen formaba parte de una pieza mucho más aparatosa realizada en 1855 por Alfred Bapst. Para facilitar su venta, esta enorme joya había sido dividida en numerosos lotes más pequeños -uno de los cuales se correspondía con el broche de Caroline Astor- poco antes de que la subasta tuviera lugar²⁶.

Otro de estos pequeños lotes fue comprado por un miembro de la familia Morgan, presumiblemente el financiero John Pierpont Morgan, quien con ocasión de una Navidad lo entregó como regalo, acompañándolo de una tarjeta manuscrita en la que

²³ PHILIPS, Clare: *Bejewelled...*, op. cit., pp. 128-129.

²⁴ ALBRECHT, Donald y FALINO, Jeamine: *Gilded New York...*; op. cit., p. 75.

²⁵ PHILIPS, Clare: *Bejewelled...*, op. cit., pp. 104.

²⁶ LORING, John: *Tiffany...*, op. cit., p. 94. Para una biografía de Caroline Schermerhorn Astor, ver KING, Greg: *A Season of Splendor. The Court of Mrs. Astor in Gilded Age New York*. Nueva York, 2008.

se leía: “*With love & a Merry Christmas. A souvenir of Marie Antoinette*” -nótese cómo, a sabiendas o no de su error, Morgan atribuía el broche a la consorte de Luis XVI-²⁷.

El padre de este, el también banquero Junius Spencer Morgan, adquirió dos *pampilles* (colgantes en forma de flecos) de diamantes que provenían de un peine encargado por la emperatriz Eugenia en 1856 para el bautizo del príncipe Luis Napoleón, único heredero nacido del matrimonio imperial. Junius Spencer legó los dos colgantes a su nieta Mary Ethel Burns, para cuya boda en 1899 con el Vizconde Harcourt se desmontaron y, con las 28 piedras resultantes, la joyería Boucheron compuso un collar²⁸ (Fig. 2).

La neoyorquina Cornelia Sherman Martin, heredera de la importante fortuna amasada por su padre en el comercio de pieles y maderas, fue otra de las clientas que acudieron a Tiffany's para hacerse con algunas de las alhajas procedentes del tesoro de los monarcas franceses. En la joyería neoyorquina adquirió un enorme broche procedente del mismo conjunto que el de Caroline Astor, además de una pareja de pulseras en rubíes realizadas en 1816 para la Duquesa de Angulema -hija de Luis XVI y María Antonieta-. A estas piezas añadió otro importante broche en perlas, diamantes y piedras de color que con toda probabilidad también fue comprado en Tiffany's (Fig. 3).

La compra de piezas procedentes de la colección de los soberanos de Francia por parte de Cornelia Sherman no terminó aquí, puesto que en 1890 incorporó a su colección una diadema de rubíes que formaba parte del mismo conjunto que las pulseras compradas años antes en Tiffany's. La transacción se realizó a través del joyero londinense Carrington & Co., quien consiguió la joya a través de un tal *Monsieur* Hass - nombre de la persona cuya puja resultó ganadora en la subasta de 1887-²⁹.

Cornelia Sherman Martin no fue la única que recurrió, aparte de a Tiffany's, a otros joyeros para adquirir alhajas de la venta de 1887. La ya citada Caroline Astor se hizo con un fastuoso broche enteramente en diamantes. Realizado en 1855 por François Kramer en forma de lazo y con dos enormes borlas colgando de él, se ha conservado hasta nuestros días y actualmente se expone en el Museo del Louvre. En 1887 se lo

²⁷ DOYLE: *Important Estate Jewelry*. Nueva York, 13-IV-2011, lote 308.

²⁸ MEYLAN, Vincent: *Archives...*, op. cit., p. 75; SOTHEBY'S: *Magnificent Jewels & Jadeite*. Hong Kong, 7-X-2015, lote 1737.

²⁹ PAPI, Stefano y RHODES, Alexandra: “Cornelia, Countess of Craven”, en *Famous Jewelry Collectors*. Nueva York, 2004, pp. 65-69.

adjudicó Emile Schlesinger por 42.200 francos, de quien según apuntan algunas fuentes pasó directamente a la familia Astor³⁰ (Fig. 4).

Ogden Goelet, propietario de una cuantiosa fortuna constituida por inmuebles y acciones en compañías ferroviarias, acudió a París con la intención de pujar él mismo por las alhajas. Consiguió hacerse con una pequeña corona -diseñada por Gabriel Lemonnier-, dos pulseras gemelas -atribuidas por algunos autores a Mellerio- y un broche -obra de François Kramer-, piezas todas ellas realizadas en perlas y diamantes durante el Segundo Imperio³¹ (Fig. 5).

La corona fue regalada en 1903 por la viuda de Goelet -el cual había fallecido en 1897- a su hija Mary cuando esta casó con el Duque de Roxburghe, uno de los mayores terratenientes de Escocia. La prensa atribuyó la joya erróneamente al reinado de Luis XVI, cuando en realidad era una pieza de 1853³².

Posteriormente, los Goelet añadieron a su colección una pareja de broches en forma de lazo realizados en 1863 por Alfred Bapst. Cuándo y a través de quién llegaron estas dos joyas a los Goelet es un dato que se desconoce. Lo que sí sabemos es que en 1887 se los adjudicó Alfred Doutrelon y que en torno a 1900 estuvieron en poder de Cartier, momento en el que fueron fotografiados³³.

Poco más de un año después de su boda, la nueva Duquesa de Roxburghe recibió otra diadema como regalo de su madre: realizada en zafiros y diamantes en los talleres parisinos de Boucheron, era copia exacta de una de las diademas rematadas en la venta de 1887³⁴.

Esta diadema no fue la única copia de las joyas de la Corona de Francia que se hizo, puesto que Caroline Astor encargó en 1888, también a Boucheron, que replicara un collar de zafiros subastado el año anterior por el Gobierno francés. Tal fue la demanda de este tipo de reproducciones, que en los libros de cuentas de Boucheron aparece anotado de forma recurrente el término "*genre diamants de la Couronne*" junto al encargo correspondiente³⁵.

La ejecución de estas copias - en muchos casos completamente idénticas a las originales- fue posible gracias a la excelente calidad de las imágenes que el fotógrafo

³⁰ CHRISTIE'S: *Rare Jewels and Gemstones. The Eye of a Connoisseur*. Nueva York, 15-IV-2008, lote 1096.

³¹ MOREL, Bernard: *Les joyaux...*, op. cit., pp. 377-381.

³² "American Heiress Becomes a Duchess", *The Indianapolis News*, 10-XI-1903, p. 7; "Mail News", *The Sydney Morning Herald*, 18-XII-1903, p. 3.

³³ MOREL, Bernard: *Les joyaux...*, op. cit., p. 377; NADELHOFFER, Hans: *Cartier...*, op. cit., p. 56.

³⁴ MEYLAN, Vincent: *Archives...*, op. cit., pp. 193-196.

³⁵ *Ibidem*, pp. 73 y 85-87.

Michel Berthaud tomó de las piezas antes de su venta. Consciente del valor artístico del conjunto, el presidente de la cámara sindical de joyeros y orfebres solicitó a Sadi Carnot - ministro de Finanzas y, junto con el presidente Jules Grévy, firmante de la ley que avaló la enajenación de las joyas de la Corona- que permitiera a un profesional fotografiar las alhajas, ya que al menos de este modo quedaría un testimonio gráfico de creaciones “*très précieux pour l’industrie de la joaillerie*”³⁶.

Las fotos de Berthaud se publicaron en un catálogo que rápidamente empezó a circular entre los joyeros de Estados Unidos y Europa. De esta manera los modelos y estilos presentes en las alhajas de la colección se difundieron por ambos continentes, lo que permitió a los orfebres tanto replicar las piezas como diseñar nuevas joyas inspiradas en ellas³⁷.

Fue así como, por ejemplo, los lazos de tipo dieciochesco -recuperados a mediados del XIX por la emperatriz Eugenia, cuya fascinación por María Antonieta contribuyó a poner en valor la moda y el estilo característicos del reinado de Luis XVI- se convirtieron en uno de los patrones más reproducidos en joyería durante las décadas de 1890 y 1910³⁸.

3. Conclusiones

A lo largo de este capítulo, ha quedado patente el afán de las élites estadounidenses durante el periodo posterior a la Guerra de Secesión por rodearse de elementos que simbolizaran o tuvieran algún tipo de vínculo con las monarquías europeas -llegando incluso al extremo de concertar matrimonios de conveniencia entre sus hijas y aristócratas en apuros económicos-. Una postura diametralmente opuesta a la actitud de absoluto rechazo mostrada por estas mismas clases altas en las décadas anteriores a la contienda civil.

El importante mercado de joyas de origen regio que se generó en Estados Unidos durante el periodo estudiado simboliza el profundo cambio que experimentaron las élites norteamericanas durante el siglo XIX en cuanto a su mentalidad y aspiraciones: de repudiar unas alhajas atribuidas a la dinastía Orleans por ser elementos contrarios a los valores republicanos y democráticos imperantes, se pasó a buscar piezas atribuidas a la

³⁶ MOREL, Bernard: *Les joyaux...*, op. cit., p. 370.

³⁷ BERTHAUD, Michel: *Diamants de la Couronne*. París, 1887.

³⁸ NADELHOFFER, Hans: *Cartier...*, op. cit., pp. 54-56. Sobre la imagen pública de la emperatriz Eugenia y su admiración por María Antonieta, ver MCQUEEN, Alison: *Empress Eugénie and the Arts. Politics and Visual Culture in the Nineteenth Century*. Burlington, 2011.

realeza a través de las cuales sus propietarios pudieran rodearse de un aura de antigüedad, linaje y abolengo -atributos todos ellos de los que carecían, al menos según los estándares europeos-.

En un país donde los millonarios abundaban, la distinción la otorgaba en gran medida el poseer objetos únicos que evocaran un pasado glorioso que en muchos casos había sido idealizado. La exhibición pública de joyas de este tipo era el modo idóneo de vehicular las ambiciones sociales de la élite por una serie de motivos. En primer lugar, su relativa escasez -a pesar de las sucesivas ventas de grandes colecciones como las de Isabel II o la Corona de Francia, el que se encargaran copias de estas joyas demuestra que la demanda era notoriamente superior a la oferta-. A ello se añadían los altos precios que alcanzaban en el mercado, lo que las hacía accesibles únicamente para grandes fortunas. Y, por último, debido a su asociación con personajes históricos a los que sus propietarias aspiraban a imitar en alguna de sus facetas -el refinamiento y la exquisitez tradicionalmente atribuidos a María Antonieta, por ejemplo-.

En este flujo de alhajas desde Europa hasta Estados Unidos fueron clave la intermediación de las casas de subastas -con Drouot en París y Christie's en Londres a la cabeza- y de los joyeros. A pesar de que el interés de la clientela norteamericana estuvo enfocado principalmente hacia las joyas vinculadas a los monarcas franceses -con especial atención a la infortunada mencionada María Antonieta, a quien se le atribuyeron multitud de joyas que nunca fueron suyas-, también hubo apetencia por piezas con proveniencia diferente -como bien ilustra la colección reunida por Jane Lathrop Stanford-.

La atracción de las élites estadounidenses por las joyas asociadas a la realeza y la aristocracia no se circunscribió únicamente al periodo abarcado en este estudio, sino que se mantuvo vigente hasta bien entrado el siglo XX, cuando la caída del zarismo en Rusia y, sobre todo, las dos guerras mundiales inundaron el mercado internacional de alhajas procedentes de antiguas colecciones europeas.

Para finalizar, destacar la relevancia que adquirió la fotografía para la difusión de estilos y modelos artísticos, como bien demuestra el impacto que tuvo el catálogo editado por Michel Berthaud. Gracias a su trabajo, las imágenes del tesoro de los monarcas de Francia recorrieron todo el mundo e inspiraron a numerosos joyeros europeos y estadounidenses, lo que se reflejó en que sus trabajos se vieran imbuidos del gusto por lo dieciochesco.

Estas fotografías, además, han servido para que en el presente dispongamos de un excelente testimonio gráfico de gran utilidad para documentar la práctica totalidad de las

alhajas subastadas en 1887 -si bien las más aparatosas, como se ha indicado anteriormente, habían sido despedazadas cuando se hicieron las fotos con el objetivo de facilitar su venta-, las cuales representan una prueba incontestable de la destreza y la creatividad de los joyeros franceses de la primera mitad del siglo XIX.



Fig. 1. *Mrs. Stanford Jewels*, Astley David Middleton Cooper, c. 1898, Cantor Museum, Universidad de Stanford.

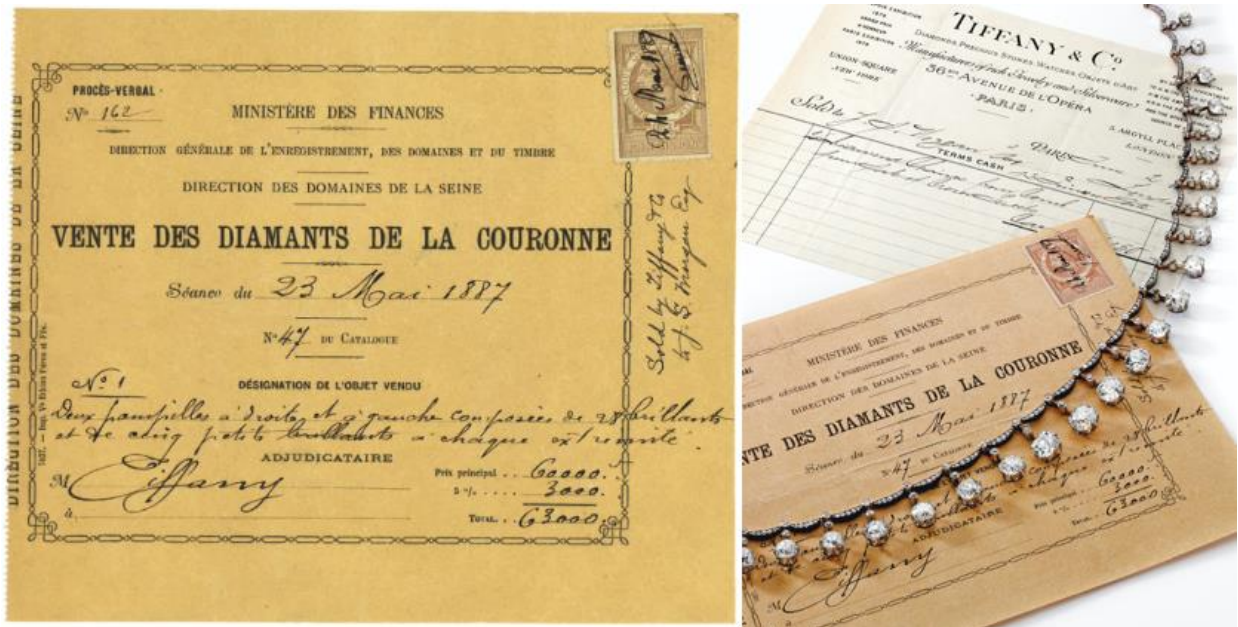


Fig. 2. *Collar* realizado por Boucheron para la boda de Mary Ethel Burns utilizando 28 diamantes procedentes de la venta de las joyas de la Corona de Francia (a la izquierda la factura original expedida por el Gobierno galo), Sotheby's.



Fig. 3. *Cornelia Bradley Martin ataviada como María Estuardo* en el baile de disfraces que organizó en 1897 (a izquierda y derecha algunas de las joyas que lució en aquella ocasión y que provenían de las joyas de la Corona de Francia), Rick Hutto.



Fig. 4. *Broche* realizado por Kramer en 1855 (izquierda) y adquirido tras la subasta de las joyas de la Corona de Francia por Caroline Astor (a la derecha retrada por Carolus-Duran en 1890), Museo del Louvre y Metropolitan Museum.



Fig. 5. *Joyas realizadas en perlas y diamantes* adquiridas directamente por Ogden Goelet en la subasta de 1887, colección Roxburghe.